

La crisis católica

LO más sorprendente de nuestros obispos es su falta de altura. No saben estar a nivel de las circunstancias que vivimos. Como si fueran un disco rayado, de vez en cuando repiten reiterativamente los mismos slogans: el aborto —dicen— es un crimen en cualquier caso, sin pensar en las situaciones límites que existen; hay que defender las subvenciones a los colegios privados de la Iglesia, porque en eso consiste la libertad de enseñanza, que es, por supuesto, lo que conviene a la jerarquía; el Estado debe establecer un impuesto religioso, para seguir así viviendo la Iglesia burocrática que tenemos; la implantación del divorcio civil es un gran mal para los hijos, sin pensar en las causas humanas que lo producen; los clérigos no podrán nunca casarse, como se hace, sin embargo, normalmente en el Oriente católico, y tantas otras frases que golpean nuestros oídos igual que podían haberlo hecho en pleno nacional-catolicismo cuando se exigía el clericalismo en nuestras leyes, según se expresaban en aquellos "Principios del Movimiento" que eran Ley Constitucional durante la dictadura franquista.

En cambio, no sabe decir nada nuevo este episcopado español acerca de los angustiosos problemas que nos atañen a los ciudadanos, como son: el creciente paro; el hundimiento de la pequeña y mediana empresa; la problemática de la juventud, en ocio obligado por no encontrar trabajo; la falta de comunicación humana entre los ciudadanos y dentro de las familias; el creciente problema ecológico (con la polución, la contaminación, la ausencia de espacios verdes y la proliferación de los barrios-dormitorio con sus habitantes apelotonados como rebaños); la realidad del feminismo; la delincuencia que aumenta día a día, y el terrorismo y la violencia que van invadiéndolo todo.

Pero todavía hay más: Unamuno se enfadaba con los dominicos de su tiempo durante sus paseos por aquella universitaria Salamanca de entonces porque los veía preocupados nada más que por el fuero y no por el huevo. Los tiquismiquis verbales y las distinciones escolásticas les alertaban constantemente haciéndoles dudar de la ortodoxia de cualquier novedad cultural; pero el fondo religioso de las cuestiones que se debatían les escapaba totalmente por falta de sensibilidad cristiana.

Y hoy, ¿no pasa lo mismo con nuestros obispos? ¿Saben acaso tener esa inquietud por la vivencia religiosa que se está perdiendo por incuria de los

creyentes, sean altos o bajos, clérigos o seglares?

Porque reconozcamos con lealtad que ya nadie ve claramente dónde estamos los católicos, ni si tenemos algún mensaje auténticamente religioso o no. En nuestras querellas intestinas posconciliares hemos agotado la verborrea sin consecuencias vitales, enfrentándonos unos con otros más por palabras que por afán de desarrollar la experiencia profunda de la vida, a la cual le da bien poco que se envuelva de un traje más o menos ortodoxo. Parece que todos nos hayamos vuelto teólogos de pacotilla porque centramos la fe en nuestras concepciones para andar por casa, perdiendo de vista una perspectiva vital más profunda. Y así, en vez de atraer a nadie con un mensaje vivo, llegamos tarde y sólo sabemos proporcionar, en forma rebajada o superficial, lo mismo que otros proporcionan



mejor y más profundamente que nosotros.

Yo haría una propuesta a nuestros obispos: ¿por qué no se dejan ya de monsergas que nos aburren y nada consiguen y se van a hacer un retiro espiritual de un mes, aislados unos de otros, en el cual intenten hacer un sincero examen de conciencia de lo que está pasando en la realidad religiosa del país, y se lavan de una vez el cerebro tan confuso y tan superficial que han adquirido año tras año con su apartamiento sistemático de la realidad social cotidiana, por un lado, y de la realidad religiosa vital, por otro?

Tenemos que hacer todos un examen racional sereno —seamos simples fieles, clérigos u obispos— y sacar consecuencias de él. Porque a fuerza de pasar el tiempo y de haber confiado en lo exterior, ¿qué nos ha ocurrido? Que somos inoperantes y no sabemos ni siquiera dónde estamos. Y, por supuesto, a los que estaban alejados de nosotros no les hemos convencido lo más mínimo, porque en vez de tener un mensa-

je propio ya nadie sabe el mensaje que tenemos, ni siquiera nosotros mismos.

Y con esto no quiero decir ni mucho menos que la religión —y sobre todo el cristianismo— deba tener soluciones para todo. El Evangelio tiene una importante misión —según piensa el verdadero creyente—, pero esa misión no vale para todo: la religión puede ayudar, puede apoyar, puede dar un resorte intenso que nos mueva a más y mejor. Pero no posee recetas concretas sobre el mundo, sólo tiene perspectivas. Y en eso tenemos que ser más modestos los católicos y no caer como siempre hemos caído en el triunfalismo. Y no hemos de ser tan tímidos, o tan acomplejados por la creciente inferioridad que estamos viviendo como tales católicos, y que no sepamos ya decir nada de lo que puede decir un no-creyente, o que nos limitemos a re-

petir —como hacen los conservadores— lo que se decía en el siglo XIX.

Yo pienso que si seguimos así, el catolicismo (el mensaje cristiano universal y no sectario, que es en lo que debe consistir lo católico) se va a perder casi totalmente en España, porque a nadie le va a interesar una momia apergamada como la que presentan los integristas, ni una mala caricatura de lo profano como la que suministran muchos progresistas superficiales. Ni una cosa ni otra; pero la respuesta acertada no es sencilla, porque tenemos que hacer un esfuerzo para reinventarla intentando inspirarnos —que no imitar— a aquellos cristianos llenos de vida que desarrollaron, por ejemplo, el primitivo cristianismo.

Yo, como católico, me inspiraré en aquél filósofo pagano que se convirtió al cristianismo, San Justino, quien aportó a su nueva creencia todo el bagaje positivo de la cultura greco-latina, pero supo darle una perspectiva más profunda y un nuevo sentido: el que le proporcionó el Evangelio. ■